

# Tiempo y destiempo de una generación

Dos cosas irritaban mucho en su tiempo a los jóvenes de la generación del 50: la literatura chilena y la literatura española.

En su tiempo.

Eran muy arrogantes en general.

Algunos habían descubierto a Faulkner, a Hemingway, a Caldwell, a Wolfe. Es decir, la literatura estadounidense. Otros habían descubierto a Sartre, a Camus. Es decir, la literatura francesa. A Claudio Giacconi, autor de "La difícil juventud", se le oyó decir: "William Faulkner soy yo". Lo mismo le pasaba entonces o había de pasarle muy luego, en Colombia, a Gabriel García Márquez: "William Faulkner soy yo".

¿Por qué estos jóvenes del 50 le habían tomado tanta tierra a la literatura chilena?

En Valparaíso, en enero de 1960, José Manuel Vergara ("Daniel y los leones dorados"), constituido en fiscal de la causa de los jóvenes, resumió los cargos contra la literatura chilena:

1. Haber contribuido "a la borrosidad de nuestra fisonomía psicológica".
2. No haber cumplido con su deber de "diferenciar con claridad nuestros comienzos ni señalarnos una meta unívoca".
3. Habernos dejado mudos "ante el concierto universal de voces peculiares de cada pueblo".
4. No habernos entregado "héroes capaces de vitalizar nuestra voluntad y enunciar nuestras imaginaciones".
5. Responsabilizar a la crítica literaria chilena de una sobreestimación de la literatura nacional, sirviendo más a los autores que al público, etc. (Datos tomados del volumen de Eduardo Godoy Gallardo "La generación del 50 en Chile: Historia de un

movimiento literario". La Noria, 1991).

Bien nebulosos todos los cargos, como puede verse.

Lo que a los jóvenes del 50, en buen romance, les molestaba era el planteamiento ruralista o demasiado suburbano del grueso de la literatura chilena. Ellos, formados ya en la esfera de la costosa enseñanza particular o debatiéndose entre los nuevos valores de cambio generados por ésta, ¿qué inserción podían tener en un espacio sometido al caciquismo de Mariano Latorre, de Luis Durand, de Reinaldo Lomboy, de Juan Godoy?

La tierra contra la literatura española tenía que ver con el generalísimo Franco, con el integralismo católico del régimen y con la bisutería castellana de cierta prosa de transición. Los jóvenes del 50, salvo contadas excepciones, hacían asco de Azorín, de Gabriel Miró, de Valle Inclán, de Ortega y Gasset e incluso de Pío Baroja, maestro de Hemingway.

El programa de estos jóvenes era, según Giacconi, el siguiente:

1. Superación definitiva del criollismo.
2. Apertura hacia los grandes problemas contemporáneos: mayor universalidad en concepciones y realizaciones.
3. Superación de los métodos narrativos tradicionales.
4. Audacias formales y técnicas.
5. Mayor riqueza y realismo en el buceo psicológico.
6. Eliminación de la anécdota (Cfr. Volumen citado del profesor Godoy Gallardo).

La madre del cordero. Punto uno de Giacconi: "superación definitiva del criollismo".



Claudio Giacconi.

Adiós a Latorre, a Luis Durand, a Lautaro Yankas, a Marta Brunet. Adiós a la "literatura chilena".

En 1950 nuestra industrialización estaba en pañales. Saliendo de la ciudad, al margen del ferrocarril, Chile era un país de hombres de a caballo.

Rafael Maluenda, gran narrador de historias de bandidos campesinos, recordaba que, en sus primeros años de periodista de "El Diario Ilustrado", acudía a su ocupación montado a caballo.

Claudio Giacconi deseaba en 1950 la eliminación de la anécdota.

Con motivo de la reedición de "La difícil juventud" por la Editorial Sudamericana, obra originalmente publicada en 1954, hemos releído con especial atención el cuento "Ojo de vidrio", que entonces nos produjo inocultable desasosiego. He aquí el apunte que esta relectura ha merecido en nuestra sencilla libreta de notas:

"O se han aligerado vergonzosamente nuestros hábitos de lectura o hay en esas páginas una complicación obscura, fuera de tiempo, algo fastidiosa, de cuenta exclusiva del que las escribió".

